

Fermín Rodríguez, *Señales de vida. Literatura y neoliberalismo*,
Córdoba, Eduvim, 2022, pp. 433.
ISBN 978-987-699-703-4



Ana Neuburger

Instituto de Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina
ana.neuburger@gmail.com

Entre el carácter destructivo, las promesas incumplidas del progreso, la acumulación de escombros y desechos, la resistencia de formas de vida, se traza un campo de relaciones, imágenes y materiales hechos con la crisis. *Señales de vida* (2022) recoge esos elementos esparcidos en un libro que antes que una historia –con su sentido lineal y causal de los acontecimientos– propone componer un mapa, una cartografía signada por la diseminación de restos que enmarcan los cruces entre neoliberalismo y literatura durante los años noventa en Argentina. Pero se trata de una cartografía inestable, a tientas, marcada por la sigilosa, casi imperceptible transformación de un conjunto de signos que durante décadas definieron el espacio nacional y que ahora, vueltos ininteligibles, fuera de marco, circulan por el aire, emiten señales leves y se impregnan en atmósferas saturadas de crisis. Una mutación que atraviesa los territorios y los cuerpos, la materia y el campo de percepciones, los repartos del tiempo, en suma, que impacta de modo directo en la vida. Aquello que desde comienzos de los años noventa se *hace ver* pero que aún no contaba para la *imaginación espacial postnacional*, como supo enunciar Josefina Ludmer, se traduce en el despliegue de signos confusos, deslocalizados y omnipresentes, que vuelven irreconocible el reparto sensible que supo organizar y definir los territorios de la ficción. La literatura, en este sentido, adquiere un carácter anticipatorio, se vuelve una óptica y un laboratorio de acontecimientos que registra antes que otros discursos los alcances imprevisibles de la crisis en curso. Y lo hace desde su propia lengua para decir otra cosa: para señalar el discurrir de formas de vida que no se inscriben en el ordenamiento espacio-temporal que supo definir el Estado nacional.

Más de una década separan a *Un desierto para la nación* (2010) de *Señales de vida* (2022) y a pesar de esa distancia temporal asoma aún una proximidad crítica. En la insistencia de leer los movimientos de captura e inscripción de los límites del espacio y en los flujos de intensidades y huidas de formas que la literatura es capaz de liberar. La óptica deleuziana de leer la literatura en términos de espacio supo ser el entramado

crítico de ese primer libro sobre el desierto e insiste –con su deriva específica, como veremos– en los territorios en crisis del segundo. Se trata ahora de los nuevos blancos territoriales de fin de siglo que definen un nuevo exterior allí donde el Estado se había retirado. De uno a otro persiste, también, un gesto crítico que se dedica a enlazar ficciones, a conectarlas y descubrir los caminos que se abren entre sí. Ya que, además de las pequeñas cartografías narrativas que funcionan como apertura de cada capítulo –un mapa por el que ingresamos a las ficciones de vida– los capítulos que estructuran *Señales de vida* parecieran avanzar y entrelazarse como esa célebre cita de Walter Benjamin que destella en distintas partes del libro: una acumulación de escombros que, por la fuerza del carácter destructivo, hacen sitio a razón de los caminos y encrucijadas que se abren entre sí.

Estos caminos nos conducen primero por las nuevas subjetividades que atraviesan el espacio social en las novelas de Fogwill, ficciones en guerra que señalaron cómo las fuerzas regresivas del mercado descomponen las coordenadas estatales y a la vez las exceden, produciendo un nuevo *afuera* definido por la exclusión de vidas que circulan sin rumbo. Luego por los restos y escombros que han quedado de los espacios definidos por la literatura nacional en las novelas de Matilde Sánchez y Sergio Chejfec, en un retorno espectral de aquella antigua distinción campo/ciudad que conforma una nueva frontera biopolítica. Sobre un nuevo imaginario rural que produce vidas desechables, sin lugares asignados en el orden social-económico, que transcurren al ritmo aplazado de un tiempo vaciado por la crisis. Avanzamos e ingresamos a las villas y sus luchas por el tiempo y el territorio en las novelas de César Aira y Gabriela Cabezón Cámara donde el tiempo y la escritura, en cambio, se agitan al ritmo vertiginoso de la crisis, en un presente inestable que a partir de los restos del progreso producen un *hacer con la crisis* y junto a ello un nuevo régimen de visibilidad. Atmósferas de indeterminación e inminencia se abren en un margen de actuación y organización para encontrar salidas en pleno derrumbe. Aparecen

luego los trabajadores precarizados y el mundo de los trabajos basura en las novelas de Diamela Eltit, Gustavo Ferreyra, Washington Cucurto, César Aira y Laura Meradi, donde la resistencia y el aguante componen una atmósfera de afectos en torno a la precarización de la existencia, donde la pérdida de referencias y la informalidad organizan una nueva configuración entre tiempo, cuerpo y trabajo. Finalmente, nos encontramos con los escritores-lobo quienes inscriptos en un campo de violencia y apropiación, sustraen la vida de otro para escribir. Los personajes predadores de las novelas de Chejfec, Bolaño, Vallejo atraviesan un mundo en el que se traza una nueva frontera biopolítica a partir del miedo, la violencia y el odio.

La vida precaria recorre y enlaza el conjunto de ficciones de *Señales de vida*, a la vez que se afirma como tema y procedimiento formal. Son, dice Rodríguez, ficciones pobladas de vida, menores, de baja visibilidad que, en medio de la crisis, se afirman como un proceso abierto e indeterminado. Allí donde la frontera que se había encargado de repartir sujetos y territorios bajo un orden estatal se disuelve, ingresan al espacio de la ficción intensidades y flujos de vida. Es el devenir de la vida que sin orden ni proyección, se inscribe como forma impropia, inestable, en expansión y da rienda a la aparición de afectos desconocidos. La vida, además, aparece como resto, como el revés precarizado de la imagen fulgurante de la modernización neoliberal que excede los cálculos políticos y económicos. Es la vulnerabilidad de lo viviente que encauza las ficciones de vida, aquello que vino después de las narrativas del progreso y de la literatura en clave nacional: cuerpos prescindibles, desechables y en guerra circulan por territorios irreconocibles. La vida, también, como potencia que se afirma aún en medio de la destrucción en un tiempo que parece arrasarlo con todo. Pero no se trata de la pérdida de una historia que podría haber sido y no fue sino del derrumbe de un mundo que nunca existió. Entre la resistencia y la fragilidad, la vida fluye y explora las tensiones que se dirimen en las comunidades improvisadas, esos amasijos de cuerpos que discurren al ritmo del frenesí, la fiesta y la violencia.

El libro de Fermín Rodríguez se detiene en los pliegues invisibles de territorios en descomposición que, en el revés de la excepción, exploran la precarización como nuevo régimen de producción de subjetividad. Ciudades que se pampeanizan y campos arcaicos conviven con el tiempo de la crisis; villas que expanden el campo visual se multiplican en niveles y visiones alucinadas.

Rodríguez capta además en las ficciones de esos años un conjunto de transformación de ciertas mediciones del espacio y el tiempo, ante la irrupción de fuerzas destructivas que brotan de la tierra, que agitan los cielos de la historia al ritmo inminente del fin, que impactan, finalmente, en la subjetividad precaria de aquello que insistentemente se intenta capturar: el devenir de la vida. Fuerzas geológicas interrumpen el campo de representaciones para hacer emerger otros tiempos y otras duraciones, para descubrir en la profundidad otras memorias y capas temporales. Ya que el país se estaba hundiendo y las ficciones exploran lo que trae a la superficie ese mismo derrumbe. Es la topología de un territorio que se expande y descubre implicancias entre regímenes políticos y naturales. Como supo leer Josefina Ludmer en las ficciones de esos mismos años, bajo el nombre de *teoría del subsuelo*, aparecen otros niveles en los territorios que dan lugar a la conexión, a la mezcla y contaminación de múltiples órdenes. De allí que la ciudad y el campo, desde su distinción inoperante, participan de una pérdida de reconocimiento del suelo estable que había prometido el salto modernizador, luego de décadas de ajuste y explotación. El mapa de ficciones que compone *Señales de vida* explora esos nuevos tipos de espacializaciones en un presente cargado de la inminencia de la crisis. Territorios estratificados y desterritorializados participan de otros regímenes visuales y materiales: terrazas, chorros, excavaciones, tormentas, descargas eléctricas, napas, un *afuera* de las coordenadas estatales se abre a la intemperie como exterior afectivo y territorial. El tiempo de la catástrofe conforma atmósferas afectivas y envolventes, alucinadas e indeterminadas, febriles y aceleradas. Son las intensidades de un mundo ante los anuncios del fin las que traen a escena el mal tiempo de las ficciones.

Las ficciones de vida producen regímenes de visibilidad que se acoplan al ritmo acelerado de acontecimientos que la realidad no alcanza a cristalizar. Ya que se trata del proceso abierto e indeterminado de la vida, pero también de la huida de una forma que escapa a las lógicas de la representación para explorar allí el agenciamiento del tiempo y el espacio. Por eso *Señales de vida* se detiene en los flujos y los afectos, en la emisión de signos fragmentarios, en los cuerpos arrojados a un *afuera*, en las fuerzas destructivas que desestabilizan los suelos de la ficción. Transformaciones sigilosas pero decisivas que *hacen ver*, que instauran un nuevo campo de percepciones, que abren, finalmente, nuevas posibilidades de vida en medio de la crisis.